

LA CIUDAD DE PIEDRA

GEORGE R. R. MARTIN

El Planeta de las Mil Razas tenía miles de nombres. Las cartas estelares humanas lo registraban como Reposo Gris... si es que lo citaban, cosa extraña, porque yacía a diez años de viaje de los dominios humanos. Los dan'lai lo denominaban Vacío, en idioma altivo y petulante. Para los ul-mennaleith, que lo conocían desde hacía mucho más tiempo, se trataba simplemente del Mundo de la Ciudad de Piedra. Los kresh, linkellares y cedranos tenían su propia palabra para designarlo, y otras razas habían aterrizado allí en alguna ocasión, por lo que habían surgido nuevos nombres. Pero Planeta de las Mil Razas era la denominación empleada fundamentalmente por seres que se detenían allí por poco tiempo mientras saltaban de planeta en planeta.

Era un lugar estéril, un mundo de mares grisáceos y llanuras interminables donde soplaban con furia los vientos. Estaba desierto e inhabitado, a no ser por el espaciopuerto y la ciudad de piedra. El aeropuerto espacial tenía cinco mil años de antigüedad como mínimo, en el cómputo humano. Los ul-nayileith lo habían construido en sus días de gloria, cuando dominaban las estrellas ulianas, y ello había hecho suyo el Planeta de las Mil Razas durante un centenar de generaciones. Pero luego decayeron y los ul-mennaleith ocuparon sus mundos. A la vieja raza sólo se la recordaba en leyendas y plegarias.

No obstante, perduró su espaciopuerto, un gran vestigio en las llanuras, circundado por los empinados muros que los desaparecidos ingenieros habían erigido contra la furia de los vientos. Tras los muros yacía la ciudad portuaria: hangares, barracones y tiendas donde podían descansar y refrescarse seres fatigados procedentes de infinidad de mundos. Fuera, hacia el oeste, nada. De esa dirección soplaban los vientos, golpeando los muros con una furia que era controlada y empleada como fuente energética. Pero los muros orientales ocultaban en sus sombras una segunda ciudad, una ciudad al aire libre formada por burbujas de plástico y viviendas metálicas. Allí se amontonaban los fracasados, los desterrados y los enfermos; allí se apiñaban los que carecían de nave.

Y después, más al este, la ciudad de piedra.

Ya estaba allí cuando llegaron los ul-nayileith cinco mil años antes. Nunca pudieron averiguar cuánto tiempo llevaba soportando los vientos, y qué hacía allí. Los antiguos ulianos eran arrogantes y curiosos en aquella época, según se dice, e investigaron. Recorrieron las retorcidas callejas, subieron por las estrechas escaleras, escalaron las torres, construidas muy próximas entre sí, y las pirámides de cúspide cuadrada. Descubrieron los pasadizos, oscuros e interminables, dispuestos como un laberinto subterráneo. Comprobaron la inmensidad de la ciudad, encontraron todo su polvo y vivieron su terrible silencio. Pero ni rastro de los Constructores.

Por fin, de una forma extraña, la fatiga y el temor se adueñaron de los ul-nayileith. Abandonaron la ciudad de piedra y nunca volvieron a recorrer sus pasillos. La ciudad de piedra fue rehuida durante miles de años y se inició el culto de los Constructores. Y así, también, había empezado la prolongada decadencia de la antigua raza.

Pero los ul-mennaleith adoraban sólo a los ul-nayileith. Y los dan'lai no rendían culto a nada. ¿Y quién sabe qué veneran los humanos? Ahora, una vez más, había sonidos en la ciudad de piedra, ruidos de pisadas que propagaba el viento de los pasadizos.

Los esqueletos se hallaban empotrados en la pared.

Estaban montados sobre las puertas del muro de protección de cualquier forma, once de ellos, medio hundidos en el metal sin juntas de los ulianos y medio expuestos al viento de los mundos cruzados. Algunos estaban más enterrados que otros. En lo alto, el reciente esqueleto de un desconocido ser alado se agitaba bajo la acción de la brisa, un montón de huesos grotescos unidos al muro sólo por las muñecas y tobillos. Más abajo, por encima y un poco a la derecha de la puerta, las costillas amarillentas y curvadas de un linkellar era todo lo que podía verse de la criatura.

El esqueleto de MacDonald estaba medio empotrado. La mayor parte de sus extremidades se hundían en el metal, pero sobresalían los huesos de los dedos (una mano seguía siendo un láser) y de los pies, y el torso estaba al aire libre. Y por supuesto, el cráneo: descolorido, medio aplastado, pero aún esbozando un signo de reproche. Observaba a Holt todas las mañanas cuando éste cruzaba la puerta. Algunas veces, en la curiosa penumbra del amanecer del planeta de las mil razas, parecía que unos ojos inexistentes lo fueran siguiendo en su largo trayecto hasta la puerta.

Pero a Holt no le había preocupado eso durante meses. Había sido distinto justo después que se habían llevado a MacDonald, y su cuerpo corrompido apareciera repentinamente en el muro, empotrado en parte en el metal. Holt pudo oler entonces la fetidez, y el cadáver había sido perfectamente reconocible como el de Mac. Ahora era tan sólo un esqueleto, por lo que Holt podía olvidarse con más facilidad.

En aquella mañana del aniversario, el día que ponía fin al primer año estándar desde que la *Pegasus* aterrizara, Holt pasó bajo los esqueletos limitándose a mirarlos por un instante.

En el interior, como siempre, el corredor estaba desierto. Se curvaba a lo lejos en ambas direcciones, blanquecino, polvoriento, muy vacío; pequeñas puertas azules se repartían a intervalos regulares, pero todas estaban cerradas.

Holt se volvió hacia su derecha y probó con la primera puerta, apretando su palma contra la placa de entrada. Nada. La oficina estaba cerrada. Probó en la siguiente, con idéntico resultado. Y luego otra más. Holt era metódico, debía serlo. Sólo había abierta una oficina cada día, y nunca era la misma.

La séptima puerta se abrió al tocarla.

Un solitario dan'la estaba sentado tras un escritorio metálico de forma curva, pareciendo fuera de lugar. La habitación, los muebles, el espaciopuerto..., todo había sido construido para las proporciones de los desaparecidos ul-nayileith, y el dan'la era demasiado insignificante para ocupar aquel entorno. Pero Holt ya se había acostumbrado. Llevaba un año acudiendo allí todos los días, y cada día había un solo dan'la sentado tras el escritorio. No sabía si era el mismo individuo que se cambiaba de oficina a diario, o si se trataba de dan'lai distintos. Todos ellos poseían largos hocicos, ojos penetrantes y pelaje rojizo y erizante. Los humanos los llamaban hombres-zorro. Con raras excepciones, Holt no podía distinguir uno de otro. Y los dan'lai no ayudaban mucho. Se negaban a facilitar nombres, y la criatura que ocupaba el escritorio

reconocía a Holt algunas veces, pero no con mucha frecuencia. Ya hacía bastante tiempo que Holt había desistido de reconocerlos, resignándose a tratar como extraño al dan-la de turno.

Sin embargo, aquella mañana el hombre-zorro le reconoció al instante.

—Ah —dijo al ver a Holt—. ¿Un pasaje para ti?

—Sí —contestó Holt. Se quitó la desgastada gorra que remataba su raído uniforme gris, y esperó... Un hombre delgado, pálido, de menguante cabello moreno y mandíbula prominente.

El hombre-zorro cruzó sus delgadas manos de seis dedos y por un instante esbozó una sonrisa sutil.

—Ningún pasaje, Holt —dijo—. Lo siento, pero no hay ninguna nave hoy.

—Oí una nave la noche pasada. Pude escucharla cuando volaba sobre la ciudad de piedra. Consígueme un trabajo en ella. Estoy capacitado, sé manejar motores normales y un impulsor dan'lai. Poseo credenciales.

—Sí, sí. —Otra fugaz sonrisa—. Pero no hay ninguna nave. La semana que viene, es posible. Quizá venga una nave humana la semana que viene. Entonces lograrás un pasaje, Holt, te lo juro, te lo prometo. ¿Así que manejas bien el impulsor? Tú me lo aseguras. Te daré un pasaje. Pero la semana que viene, la semana que viene. No hay ninguna nave ahora.

Holt se mordió el labio y se inclinó hacia adelante, apoyando ambas manos sobre el escritorio y aplastando la gorra con uno de sus puños.

—La semana que viene no estarás aquí —dijo—. Y si estás no me reconocerás, no recordarás nada de lo que me hayas prometido. Dame un pasaje en la nave que llegó ayer por la noche.

—Ah. Ningún pasaje. No hay ninguna nave humana, Holt. Ningún pasaje para un hombre.

—Es igual. Me iré en cualquier nave. Trabajaré con los dan'lai, ulianos, cedranos o lo que sea. Las transiciones siempre son iguales. Asígname a la nave que llegó la noche pasada.

—Pero si no llegó ninguna nave, Holt —replicó el hombre-zorro. Sonrió un momento mostrando los dientes—. Tal como te digo, Holt. No hay nave, ninguna nave. Vuelve la semana próxima. Vuelve la semana próxima.

El tono de su voz fue de despedida. Holt había aprendido a reconocerlo. En cierta ocasión, hacía varios meses, se quedó allí y trató de discutir. Pero el zorro del escritorio había requerido a otros para que le echaran. Y luego, durante una semana, todas las puertas estuvieron cerradas por la mañana. Holt sabía cuándo debía marcharse.

Ya fuera de la oficina, a la tenue luz del alba, Holt se apoyó momentáneamente en el muro de protección y se esforzó en contener el temblor de sus manos. Debía mantenerse ocupado, pensó. Necesitaba dinero, vales de comida, así que ya tenía una tarea en perspectiva. Podía visitar el Barracón, quizá buscar a Sunderland. En cuanto al pasaje, siempre podía arreglarlo mañana. Debía ser paciente.

Con una rápida ojeada a MacDonald, que no había sido paciente, Holt salió hacia las vacías calles de la ciudad de los sin nave.

Holt había amado las estrellas, ya desde su niñez. Solía pasear por la noche, durante los años muy fríos, cuando los bosques de hielo florecían en Ymir. Se alejaba varios kilómetros, aplastando la nieve del suelo hasta perder de vista las luces de la ciudad, y permanecía a solas en aquel reluciente y blancoazulado mundo maravilloso de flores de escarcha, telas de araña heladas y bellezas congeladas. Y luego alzaba la vista.

Las noches de los años invernales de Ymir son claras, estáticas y muy negras. No hay luna. Todo se reduce a estrellas y silencio.

Holt, diligente, había aprendido los nombres. No los de las estrellas (tal costumbre había sido abandonada, números era todo lo que se precisaba), sino los nombres de los planetas que giraban a su alrededor. Holt había sido un niño brillante. Aprendió bien y con rapidez, y hasta su arisco y práctico padre se había enorgullecido de ello. Holt recordaba fiestas interminables en la Vieja Casa. Su padre, embriagado con cerveza de verano, solía salir con sus huéspedes a la galería para que Holt pudiera nombrar los planetas.

—Aquel —decía el viejo, sosteniendo una jarra en una mano y señalando con la otra—, aquel tan brillante.

—Arachne —replicaba Holt, nervioso. Y los invitados sonreían y murmuraban cortésmente.

—¿Y aquel?

—Baldur.

—Aquel. Allí, aquellos tres.

—Finnegan. Johnhenry. El Planeta de Celia, Nueva Roma, Cathaday.

Los nombres brotaban con facilidad de sus labios juveniles. Y el curtido rostro de su padre se arrugaría en una sonrisa, y seguiría preguntando una y otra vez hasta que los otros se aburrían e impacientaban y Holt había citado todos los planetas que podía mencionar estando en una galería de la Vieja Casa de Ymir. Siempre había odiado aquel ritual.

Por fortuna su padre no le acompañaba a los bosques de hielo. Porque allí, lejos de toda iluminación, se podían ver miles de nuevas estrellas, miles de nombres que debería haber sabido. Holt nunca había aprendido todos los nombres correspondientes a las estrellas más difusas y lejanas, las que no pertenecían al hombre. Pero aprendió mucho. Conocía las pálidas estrellas de los damoosh, más próximas al Núcleo, el sol rojizo de los centauros silentes, los dispersos puntos de luz en los que las hordas fyndíes enarbolaban sus emblemas...

Siguió yendo a los bosques de hielo conforme fue creciendo, aunque ya no siempre solo. Llevó allí a todos sus amores de juventud, y durante un año de verano, cuando de los árboles caían flores en lugar de hielo, hizo el amor por primera vez. A veces había intentado explicarlo a sus amigos y amantes, pero las

palabras fueron insuficientes. Holt nunca fue elocuente y no pudo hacérselos comprender. Apenas se comprendía él mismo.

Al morir su padre, Holt pasó a ser el propietario de la Vieja Casa y demás posesiones y las rigió durante un largo año de invierno pese a contar únicamente con veinte años estándar. Cuando llegó el deshielo se fue a la capital de Ymir. Había una nave comercial que partía hacia Finnegan y otros mundos más lejanos.

Holt encontró pasaje en ella.

Las calles iban poblándose conforme pasaba el día. Los dan'lai ya estaban allí, montando puestos de alimentos entre las barracas. Las calles estarían repletas de paradas en cuestión de una hora. Algunos flacos ul-mennaleith rondaban también por el lugar, marchando en grupos de cuatro o cinco. Todos vestían túnicas de un color azul pálido que llegaban casi hasta el suelo. Imponentes, graves y fantasmales, parecían flotar en lugar de caminar. Su delicada piel grisácea estaba sutilmente moteada y sus ojos eran límpidos y distantes. Siempre tenían un aspecto sereno, aunque se tratara de pobres ul-mennaleith sin nave.

Holt se colocó tras un grupo de ellos, aumentando su paso para mantener la distancia. Los mercaderes, los hombres-zorro, ignoraron a los solemnes ul-mennaleith, pero no a Holt. Le llamaron mientras pasaba a su lado y rieron brutalmente cuando los ignoró.

Al llegar al vecindario de los cedranos Holt se apartó de los ulianos, precipitándose en una pequeña calle lateral que parecía desierta. Tenía algo que hacer, y aquel era el lugar apropiado.

Se adentró entre las hileras de amarillentas casas-burbuja y eligió una casi al azar. Era muy vieja y el plástico exterior estaba tristemente pulido. La puerta era de madera, con los símbolos nidales grabados en ella. Cerrada, por supuesto. Holt la apretó con el hombro, sin resultado. Se apartó un poco y embistió de nuevo. La puerta se abrió estrepitosamente al cuarto intento. Pero no le preocupó el ruido. Nadie podría oírle en una casucha cedrana.

El interior estaba muy oscuro. Holt tanteó en las proximidades de la puerta y encontró una antorcha. La tocó unos instantes hasta que el calor de su cuerpo fue convertido en luz. Luego examinó atentamente el lugar.

Había cinco cedranos presentes: tres adultos y dos niños, todos en el suelo, con los cuerpos retorcidos formando bolas informes. Holt apenas les prestó atención. De noche, los cedranos eran aterradores. Holt los había visto muchas veces en las oscuras calles de la ciudad de piedra, gimiendo con sus voces pastosas y moviéndose en forma siniestra. Sus torsos segmentados exhibían tres metros de carne de gusano, blanca como la leche, y poseían seis extremidades especializadas: dos pies muy amplios, un par de delicados tentáculos para manipulación y las terribles garras de pelea. Los ojos, hoyas del tamaño de un plato y color violeta resplandeciente, lo veían todo. De noche, los cedranos eran seres de los que había que apartarse.

Pero de día, eran bolas de carne inmóviles.

Holt se movió entre ellos y saqueó la vivienda. Se llevó una antorcha de mano, graduada para proporcionar la penumbra púrpura y lóbrega preferida por los cedranos, una bolsa con vales de alimentos y

un afilador de garras. En la pared, ocupando un lugar de honor, vio las garras de pelea, pulidas y adornadas con piedras preciosas, de algún ilustre antepasado. Pero Holt ni siquiera las tocó. Si el dios familiar desaparecía, todo el nido se vería obligado a encontrar al ladrón o suicidarse.

Por último descubrió una baraja de adivino, placas de madera oscurecidas por el humo, con incrustaciones de hierro y oro. Se las metió en un bolsillo y se fue. La calle seguía vacía. Pocos seres, aparte de los mismos cedranos, visitaban aquellos barrios.

Holt se dirigió apresuradamente hacia la calle principal, la amplia ruta de grava que se extendía desde los muros del espaciopuerto hasta las silenciosas puertas de la ciudad de piedra, a cinco kilómetros de distancia. La calle ya estaba repleta de gente en aquel momento, y Holt tuvo que abrirse paso entre la multitud. Había hombres-zorro por todas partes, riendo y ladrando, mostrando sus fugaces sonrisas, restregando su pelaje rojizo contra las túnicas azules de los ul-mennaleith, los quitinosos kresh, y la piel suelta, holgada, de los linkellares, verdes y de ojos saltones. Algunos de los puestos de alimentos no tenían nada que ofrecer y el ambiente estaba cargado de humos y olores. A Holt le había costado varios meses distinguir los olores de los alimentos y los corporales.

Pugnando por avanzar entre la multitud de seres extraños, apretando fuertemente su botín, Holt observaba atentamente a todas las criaturas que le rodeaban. Era una costumbre, un hábito profundamente arraigado. Holt buscaba siempre un rostro humano que no le fuera familiar, una cara que significara que había llegado una nave humana, la salvación.

Buscó en vano. Como siempre, todo lo que le rodeaba era la muchedumbre opresiva de los mundos cruzados. Los ladridos de los dan'lai, los taconeos de los kresh..., jamás una voz humana. Pero esto había dejado de afectarle.

Encontró el puesto que buscaba. La cabeza de un cansado dan'la asomó por entre una confusión de cuero gris.

—Sí, sí —se apresuró a decir el impaciente hombre-zorro—. ¿Quién es usted? ¿Qué desea?

Holt apartó las relucientes joyas multicolores esparcidas sobre el mostrador y puso en su lugar la antorcha y el afilador de garras que había robado.

—Un trato —dijo—. Esto a cambio de vales.

El hombre-zorro observó los artículos, miró a Holt y se rascó vigorosamente el hocico.

—Un trato. Un trato. Un trato con usted —repitió. Alzó el afilador de garras, lo pasó de una a otra mano, volvió a dejarlo sobre el mostrador y tocó la antorcha para comprobar que funcionaba. Luego hizo un gesto afirmativo con la cabeza y su rostro se iluminó con la típica sonrisa de los dan'lai.

—Buen material —dijo—. Cedrano. A esos gusanos les gustará. Sí. Sí. Un trato, entonces. ¿Vales?

Holt asintió. El dan'la hurgó en el bolsillo de la camisa que vestía y extrajo un montón de vales de comida, echándolos sobre el mostrador. Eran piezas circulares de reluciente plástico en doce colores distintos, los objetos más próximos al dinero que podían encontrarse en el planeta de las mil razas. Los

mercaderes dan'lai los aceptaban a cambio de alimentos. Y los dan'lai mediante sus flotas de naves dotadas con impulsores, suministraban todos los alimentos que existían.

Holt contó los vales y los metió en la bolsa que había robado en la vivienda-burbuja de los cedranos.

—Tengo otra cosa —dijo, buscando en su bolsillo la baraja. Pero no encontró nada.

—¿Ha desaparecido? —El dan'la sonrió mostrando los dientes—. No es el único ladrón de Vacío, entonces. No. No el único ladrón.

Holt recordó su primera nave, las estrellas de su juventud en Ymir, los mundos que había conocido desde entonces, todas las naves en las que había trabajado y los humanos (y no humanos) a los que había servido. Pero lo mejor que podía recordar era su primera nave: la *Sombra Sonriente* (un viejo nombre cargado de historia, aunque no supo esa historia hasta mucho después), que salía del Planeta de Celia con rumbo a Finnegan. Se trataba de un carguero de mineral, una gran lágrima gris azulada de duraluminio picado, cien años más vieja que Holt, destartada y desahuciable: grandes compartimientos para la carga y escaso sitio para la tripulación, sin rejillas gravitatorias (Holt se había acostumbrado con rapidez a la caída libre), dispositivos nucleares para aterrizar y despegar, y propulsión estándar supralumínica para las transiciones estelares. Holt fue asignado a la sala de mandos, un austero lugar de luces atenuadas, frío metal y computadoras. Caín narKarmian fue su instructor.

Holt pensó también en narKarmian. Un hombre viejo, muy viejo, tanto que había pensado que no podría con el trabajo de la nave. Su piel era como el cuero que, a fuerza de doblarlo y arrugarlo tantas veces, resulta difícil encontrar un trozo en el que no hubiese una infinidad de diminutas arrugas. Ojos color castaño y almendrados, cabeza calva y moteada y una pequeña perilla rubia. A veces, Caín parecía acabado, pero normalmente se mostraba perspicaz y activo. Conocía los motores y las estrellas y no paraba de hablar mientras trabajaba.

—¡Doscientos años estándar, Holt! —le había dicho en cierta ocasión, cuando ambos se hallaban sentados ante los mandos y había sonreído discretamente, con lo que Holt comprobó que aún tenía dientes, incluso a su edad..., o que habían vuelto a crecerle—. Todo ese tiempo ha estado navegando Caín, Holt. ¡Te lo juro! ¿Sabes una cosa? El hombre normal jamás abandona el mundo en el que ha nacido. ¡Nunca! O el noventa y nueve por ciento de ellos, da lo mismo. Nunca se van de allí, nacen, crecen y mueren en el mismo planeta. Y los que navegan... bueno, la mayor parte de ellos navegan sólo un poco. Uno, dos o diez mundos, como mucho. ¡Pero no yo! ¿Sabes dónde nací, Holt? ¡Adivínalo!

—¿En la vieja Tierra? —contestó Holt con indiferencia.

—¿En la Tierra? —Caín había soltado una carcajada—. La Tierra no es nada, sólo está a tres o cuatro años de aquí. Creo que a cuatro. Me he olvidado. No, no, pero he visto la Tierra, el verdadero planeta madre, la semilla inicial. La vi hace cincuenta años con la... *Corey Lark*, creo que era. Y muy a punto, pensé entonces. Ya había estado navegando ciento cincuenta años y aún no había visto la Tierra. ¡Pero finalmente lo hice!

—¿No naciste allí? —preguntó Holt.

—¡Claro que no! —El viejo Caín agitó la cabeza y volvió a reírse—. Soy emerelí, de ai-Emerel. ¿Lo conoces, Holt?

Holt tuvo que pensarlo. No era ninguno de los nombres de planetas que reconocía siendo un niño, ninguna de las estrellas que su padre le señalaba en la noche de Ymir. Pero, difusamente, le sugirió algo.

—¿El Confín? —supuso finalmente.

El Confín era el límite más alejado del espacio humano, el lugar donde la diminuta parte de la galaxia que conocían como dominio humano rozaba la parte superior de la lente galáctica, donde las estrellas disminuían en número. Ymir y las estrellas que Holt conocía se encontraban al otro lado de la madre Tierra, en dirección a la zona más densa en estrellas y al todavía inalcanzable Núcleo Galáctico.

—¡Sí! —Caín se alegró de su respuesta—. Vengo de los mundos exteriores. Casi tengo doscientos veinte años estándar, y he visto un número parecido de planetas. Planetas humanos, hranganos, fyndíes y de todos los tipos, incluso algunos mundos del dominio humano en que los hombres han dejado de serlo, si es que entiendes lo que quiero decir. Navegando, siempre navegando. Siempre que encontraba un lugar que pareciera interesante, abandonaba la nave y me quedaba allí por algún tiempo. Luego, cuando quería, me iba. He conocido toda clase de cosas, Holt. Cuando era joven presencié el Festival del Confín, perseguí naves fantasmas en Alto Kavalaan y me casé en Kimdiss. Pero ella murió y seguí mi camino. Conocí Prometeo y Rhiannon, un poco más allá del Confín, y el Planeta de Jamison y Avalón, que están aún más alejados. Si tú supieras... Durante algún tiempo fui un jamisioniano, y en Avalón tuve tres mujeres. Y dos maridos, o co-maridos, o como quieras llamarlos. Entonces tenía cien años, tal vez menos. En aquella época éramos dueños de nuestra propia nave, nos encargábamos del comercio local y llegábamos hasta algunos de los planetas esclavos de los antiguos hranganos que habían emprendido sus propios caminos a partir de la guerra. Incluso a Vieja Hranga, hasta allí habíamos llegado. Dicen que todavía quedan algunas Mentes en Hranga, escondidas, aguardando el momento de volver y atacar el dominio humano por segunda vez. Pero todo lo que pude ver fue un montón de castas decadentes, obreros y otros tipos inferiores.

»Eran buenos tiempos, Holt, muy buenos tiempos —Caín sonrió—. A nuestra nave la bautizamos con el nombre de *Burra de Jamison*. Mis esposas y maridos eran avalonianos, exceptuando uno que procedía de Viejo Poseidón. ¿Comprendes? A los avalonianos no les gustan demasiado los jamisionianos, y por eso elegimos aquel nombre. Y no puedo arrepentirme. Antes de eso yo también había sido un jamisioniano y sabía que Puerto Jamison era una ciudad absurdamente engreída, igual que todo el planeta.

»En la *Burra de Jamison* pasamos juntos cerca de treinta años estándar. El matrimonio sobrevivió a dos esposas y un marido. Y finalmente, también a mí mismo. Querían mantener Avalón como su base comercial, ¿comprendes?, pero al cabo de treinta años yo había visto todos los planetas que deseaba ver en aquella zona, y me faltaban muchos otros por conocer. Así que me fui. Pero los amé, Holt, los amé. Un hombre debería estar casado con sus compañeros de nave. Es algo que te ayuda a sentirte bien. —Suspiró—. La relación sexual también es mejor, hay menos inestabilidad.

Y Holt había quedado agradablemente sorprendido.

—¿Qué hiciste después de eso? —había preguntado, mostrando en su rostro juvenil sólo una insinuación de la envidia que sentía.

Y Caín se había encogido de hombros, mirando el tablero de mandos y apretando algunos botones para establecer una corrección de curso.

—Oh, seguí navegando, seguí navegando —había sido su respuesta—. Más planetas, jóvenes y viejos, humanos, humanoides extraños... Conocí Nuevo Refugio, Pachacuti, el arrasado Viejo Wellington, Newholme, Silversky y la Tierra. Y ahora sigo adelante, todo lo que pueda antes de morir. Igual que Tomo y Walberg. ¿Oíste hablar de Tomo y Walberg, allí en Ymir?

Y Holt se había limitado a asentir con un gesto de su cabeza. Hasta en Ymir se conocía a Tomo y Walberg. Tomo también procedía del mundo exterior; había nacido en Darkdawn, mucho más allá del Confín. Walberg, según la leyenda, fue un mutante de Prometeo, un aventurero fanfarrón. Hacía tres siglos que habían partido de Darkdawn en una nave denominada *Ramera Soñadora*, con rumbo al límite opuesto de la galaxia. Cuántos mundos habían visitado, qué había ocurrido en ellos, hasta dónde habían llegado antes de morir... Ese tipo de preguntas cimentaba la leyenda y los niños seguían discutiéndola. A Holt le gustaba pensar que Tomo y Walberg aún estaban vivos, en alguna parte. Al fin y al cabo, Walberg había dicho que era un superhombre y nadie sabía cuánto tiempo podía vivir un superhombre. Tal vez lo bastante para llegar al Núcleo Galáctico, o incluso más allá.

Holt se había quedado contemplando fijamente el tablero de mandos, soñando despierto. Y Caín, sonriente, le había dicho:

—¡Hey, enfermo de las estrellas! —Holt había alzado la vista y el anciano, aún sonriendo, había añadido—: ¡Sí, tú! ¡Presta atención, Holt, o no irás a ninguna parte!

Pero fue una reprimenda suave, acompañada de una sonrisa comprensiva, y Holt nunca la olvidó, como tampoco pudo olvidar todo lo que Caín le dijo. Dormían uno al lado del otro y Holt le escuchaba todas las noches, porque era muy difícil hacer callar a Caín y, además, nunca lo había intentado. Y cuando la *Sombra Sonriente* llegó por fin a Cathaday, su punto de destino, y se preparó para regresar al dominio humano a través del Planeta de Celia, Holt y narKarmian la abandonaron y obtuvieron trabajo en otra nave correo que se dirigía a Vess y las estrellas de los extraños damoosh.

Luego navegaron en compañía durante seis años, hasta que murió narKarmian. Holt recordaba el rostro del anciano mejor que el de su padre.

El Barracón era un edificio metálico, largo y estrecho, un acanalado habitáculo construido con duraluminio azul que, probablemente, alguien había encontrado en la bodega de un carguero saqueado. Se erigía a varios kilómetros del muro de protección contra los vientos, cerca de las paredes grisáceas de la ciudad de piedra y del elevado Arco Iris de la Puerta Occidental. Estaba rodeado por otros edificios metálicos mayores, las barracas almacén de los ul-mennaleith sin nave. Pero no había ulianos en su interior, nunca.

Holt llegó casi al mediodía y el Barracón estaba prácticamente vacío. Una gran antorcha de columna se levantaba desde el suelo hasta el techo en el centro de la sala, proporcionando una tenue iluminación rojiza que dejaba casi a oscuras la mayoría de las mesas desocupadas. Un grupo de linkellares murmurantes ocupaba un rincón sumido en sombras. Frente a ellos se encontraba un grueso cedrano, durmiendo y

encogido en una apretada bola; su piel, tersa y blanca, brillaba. Y junto a la columna de la antorcha, en la mesa de la vieja *Pegasus*, Alaina y Takker-Rey compartían una botella de piedra blanca que contenía ámbar del olvido. Takker vio inmediatamente a Holt.

—Mira —dijo, alzando su vaso—. Tenemos compañía, Alaina. ¡Ha vuelto un alma perdida! ¿Cómo van las cosas en la ciudad de piedra, Michael?

—Como siempre, Takker. —Holt se sentó—. Como siempre.

Sonrió de mala gana al orgulloso y pálido Takker y se volvió rápidamente para mirar a Alaina. Aquella mujer había trabajado con él, manejando el impulsor espacial, hasta hacía un año. Y habían sido amantes, durante algún tiempo. Pero todo había terminado. Alaina había engordado y su cabello, largo y pelirrojo, estaba sucio y desgredado. Sus ojos verdes solían chispear, pero el licor los había vuelto apagados y sombríos. Alaina le sonrió.

—Hola, Michael —dijo la mujer—. ¿Has encontrado tu nave?

Takker-Rey se rió burlescamente, pero Holt le ignoró.

—No —contestó—. Pero no desisto. El hombre-zorro me ha dicho hoy que habrá una nave la semana que viene. Una nave humana. Me prometió un pasaje.

Alaina se puso también a reír.

—¡Oh, Michael! —intervino ella—. Tonto, tonto. Eso es lo que solían decirme. Y no les creí. No lo hagas tú. Ven a mi habitación. Te echo de menos. Tak es tan aburrido...

Takker se enfurruñó, pero apenas prestaba atención. Trató de servirse otro vaso de ámbar. El licor cayó con lentitud que exasperaba, como si fuera miel. Holt recordó el gusto de la bebida, aquel fuego exquisito en el paladar y la sensación de paz que proporcionaba. Todos habían bebido mucho en las primeras semanas, mientras esperaban el regreso del capitán. Antes que todo se viniera abajo.

—Échate un trago —dijo Takker—. Acompáñanos.

—No —respondió Holt—. Quizá un poco de aguardiente, Takker, si es que tienes. O una cerveza dan'la. O cerveza de verano si es que hay. Echo de menos la cerveza de verano. Pero no el ámbar del olvido. Por eso me marché, ¿recuerdas?

Alaina se sobresaltó. Su boca se abrió y algo fluctuó en sus ojos.

—Te marchaste —dijo en voz baja—. Lo recuerdo, fuiste el primero. Te marchaste. Tú y Jeff. Tú fuiste el primero.

—No, querida —interrumpió Takker con voz reposada. Dejó la botella de licor, bebió un trago de su vaso y procedió a explicarse—. El capitán fue el primero en marcharse. ¿No lo recuerdas? El capitán, Villareal y Susie Benet se marcharon, los tres juntos, y nosotros esperamos y esperamos.

—Oh, sí —admitió Alaina—. Y más tarde nos abandonaron Jeff y Michael. La pobre Irai se suicidó y los zorros atraparon a Ian y lo pusieron en el muro. Y todos los demás se fueron. ¡Oh, Michael, no sé

adónde, no lo sé! —Empezó a sollozar—. Todos solíamos estar juntos, todos... Pero ahora sólo quedamos Tak y yo. Todos nos dejaron. Somos los únicos que seguimos viniendo aquí, los únicos. —Agachó la cabeza y siguió llorando.

Holt se sintió enfermo. Aquello era peor que en su última visita el mes pasado, mucho peor. Pensó en tomar la botella de ámbar y aplastarla contra el suelo, pero era absurdo hacerlo. Ya había hecho lo mismo hacía mucho tiempo, el segundo mes después del aterrizaje, cuando la interminable y desesperada espera le había producido una extraña rabia. Alaina había llorado, MacDonald maldijo y golpeó a Holt, partiéndole un diente (seguía doliéndole por las noches, de vez en cuando) y Takker-Rey había comprado otra botella. Takker siempre tenía dinero. No es que fuera un ladrón, pero había crecido en Vess, donde los hombres compartían un planeta con otras dos razas, y al igual que muchos hombres de Vess se había convertido en amante de los extranjeros. Takker era blando de carnes y complaciente, por lo que los hombres-zorro (algunos de ellos) le encontraron atractivo. Cuando Alaina se unió a él, tanto en su habitación como en sus negocios, Holt y Jeff Sunderland les habían abandonado, trasladándose a las cercanías de la ciudad de piedra.

—No llores, Alaina —dijo ahora Holt—. Mira, estoy aquí. ¿Lo ves? Hasta he traído vales de alimentos.

Buscó en su bolsa y dejó caer un montón de vales sobre la mesa. Había de todos los colores: rojos, azules, negros, plateados... Resonaron y rodaron hasta inmovilizarse. Las lágrimas de Alaina desaparecieron al instante. Empezó a manosear los vales e incluso Takker se inclinó sobre la mesa para observarlos.

—Rojos —dijo Alaina, llena de excitación—. Mira, Takker. ¡Rojos, vales de carne! Y plateados, para ámbar. ¡Mira, mira! —Empezó a meter vales en sus bolsillos, pero las manos le temblaban y algunos cayeron al suelo—. Ayúdame, Tak.

—No te preocupes, amor —Takker reía—. Ese era verde y no necesitamos comida de gusanos, ¿verdad? —Miró a Holt—. Gracias, Michael, gracias. Siempre digo a Alaina que eres un alma generosa, aunque nos dejaras cuando te necesitábamos. Tú y Jeff. Ian dijo que eras un cobarde, ¿sabes?, pero yo siempre te defendí. Gracias, sí. —Tomó un vale plateado y lo hizo rodar en el aire—. Generoso Michael, aquí siempre eres bienvenido.

Holt no contestó. El patrón del Barracón, una inmensa mole de carne negra azulada y grasienta, se había materializado repentinamente junto a su brazo. Su rostro observaba a Holt, aunque no tenía ojos y aquello no parecía una cara, ya que tampoco tenía boca. Lo que pasaba por ser la cabeza era una vejiga blanda, medio rellena, que abundaba en orificios respiratorios y que estaba rodeada por tentáculos blancuzcos. Era del tamaño de una cabeza infantil, de un bebé, y parecía absurdamente pequeña sobre aquel cuerpo grueso, rebosante de grasas moteadas. El patrón no hablaba. Ni en terrestre, ni en uliano, ni en el chapurreado dan'la que constituía el idioma comercial del planeta de las mil razas. Pero siempre sabía cuáles eran los deseos de sus clientes.

Holt sólo deseaba irse. Mientras el patrón del Barracón permanecía en pie, silencioso y a la expectativa, Holt se levantó y se dirigió a la puerta. Cuando ésta se cerró detrás suyo, pudo oír a Alaina y Takker-Rey discutiendo sobre los vales.

La raza damoosh es inteligente y gentil. Y sus miembros, grandes filósofos. Así, al menos, se los conocía en Ymir. Su estrella más exterior está muy próxima a las zonas más recónditas del siempre creciente dominio humano. NarKarmian había muerto en una colonia damoosh, decaída por el paso del tiempo, y fue allí donde Holt había conocido por primera vez a un linkellar.

En aquel entonces le acompañaba Rayma-k-Tel, una mujer de facciones enjutas y carácter duro que procedía de Vess. Estuvieron tomando un trago en un bar de enclave muy próximo al espaciopuerto. El establecimiento disponía de un excelente licor del dominio humano y él y Ram lo bebieron en abundancia, sentados junto a una ventana de vidrio amarillo. Caín había muerto hacía tres semanas. Cuando Holt vio al linkellar, observando la agitación de sus ojos protuberantes, agarró a Ram por un brazo y la hizo volverse hacia la ventana.

—Mira —dijo—. Una raza nueva. ¿La conoces?

Rayma liberó bruscamente su brazo y negó con la cabeza.

—No —dijo, irritada. Era una terrible xenófoba, otro detalle típico de los que crecen en Vess—. Quizá venga de algún lugar más lejano. No trates siquiera de diferenciar todas las razas, Mikey. Existen infinidad de ellas, en especial por aquí. Los malditos damoosh comercian con cualquier cosa.

Holt había vuelto a mirar, todavía curioso, pero aquel ser fuerte, de suelta piel verdosa, había desaparecido de la vista. Pensó un instante en Caín y sintió una viva emoción. El anciano había navegado durante más de doscientos años, meditó Holt, y tal vez no hubiera visto nunca un extraño de la raza que ellos acababan de ver. Lo comentó con Rayma-k-Tel, pero ésta no se impresionó en absoluto.

—¿Y qué? —dijo—. Nosotros no hemos visto jamás el Confín ni conocido a un hrangano y me gustaría conocer un maldito motivo por el que tengamos que hacer tal cosa. —Sonrió maliciosamente—. Los alienígenas son como la gelatina, Mikey. Se presenta en un montón de colores, pero dentro siempre encuentras lo mismo.

»Así que no te conviertas en un coleccionista como el viejo narKarmian. ¿Qué ganó con ello, después de todo? Navegó en infinidad de naves de tercera categoría, pero nunca vio el Brazo Opuesto ni el Núcleo, y nadie lo verá nunca. Tampoco se hizo muy rico, que digamos. Tranquilízate y haz por la vida.

Holt apenas la había escuchado. Dejó su vaso y rozó con sus dedos el frío vidrio de la ventana.

Aquella misma noche, después que Rayma volviera a su nave, Holt abandonó el enclave y caminó por entre las viviendas de los damoosh. Pagó la mitad de su salario para ser llevado a la cámara subterránea donde yacía el pozo de la sabiduría del planeta: una inmensa computadora de luz viviente unido a los cerebros muertos de los antiguos damoosh (o por lo menos, así lo explicó el guía).

La cámara era una concavidad de niebla verde que se agitaba formando pequeñas olas. En sus entrañas aparecían y desaparecían cortinas de luz multicolor. Holt permaneció en el borde superior, observando y formulando preguntas. Las respuestas llegaron en un susurro reverberante, como si numerosas pequeñas voces brotaran al unísono. Primero describió al ser que había visto por la tarde y luego preguntó de quién se trataba. Fue entonces cuando escuchó por primera vez la palabra linkellar.

—¿De dónde proceden? —inquirió Holt.

—Se hallan a seis años del dominio humano, de acuerdo con la propulsión que utilizáis —contestaron los susurros mientras la niebla verde se agitaba—. Hacia el Núcleo, pero no en línea recta. ¿Deseas las coordenadas?

—No. ¿Por qué razón no los vemos más a menudo?

—Están muy lejos, quizá demasiado. La zona de sus estrellas se encuentra comprendida entre el dominio humano y los Doce Mundos de los linkellares, igual que las colonias de los nor t'alush y un centenar de planetas que no han descubierto la propulsión estelar. Los linkellares comercian con los damoosh, pero raramente vienen aquí, un lugar más cercano para ti que para ellos.

—Sí —dijo Holt. Sintió escalofríos, como si un viento helado soplara a lo largo de la caverna y el resplandeciente mar de niebla—. He oído hablar de los nor t'alush, pero no de los linkellares. ¿Qué otras razas existen allí? ¿A mucha distancia?

—Y en numerosas direcciones —susurró la niebla. Los colores formaban ondas a gran profundidad—. Conocemos los mundos muertos de la raza desaparecida que los nor t'alush llaman «los Primitivos», pero en realidad no fueron los primeros. Conocemos también los dominios de los kresh y la colonia perdida de los gethsoides de Aath que, a causa de la guerra, navegaron hasta el dominio humano antes que fuera tal dominio.

—¿Y qué hay más allá?

—Los kresh hablan de un planeta llamado Cedris y de una gran esfera de estrellas más vasta que el dominio humano, las estrellas damoosh y el viejo Imperio Hrangán en conjunto. Esos soles pertenecen a los ulianos.

—Sí —dijo Holt con un temblor en la voz—. ¿Y más allá? ¿A su alrededor? ¿Más lejos?

Surgió una llamarada en las profundidades de la niebla. Los vapores verdosos brillaron entremezclados con una humeante luz rojiza.

—Los damoosh no lo saben —fue la respuesta—. ¿Quién viaja tan lejos, durante tanto tiempo? Sólo existen leyendas. ¿Quieres que te hablemos de los Antiquísimos? ¿De los dioses relucientes o de los navegantes sin nave? ¿Quieres que cantemos la vieja canción de la raza sin mundo? Se han vislumbrado naves fantasmas aún a distancias mayores, objetos que se mueven a mayor velocidad que una nave humana o damoosh, que destruyen cuando desean hacerlo, aunque a veces no están allí en forma alguna. ¿Quién puede decir qué son, quiénes son y dónde están, si es que están en alguna parte? Sabemos nombres e historias. Podemos dártelos y explicártelas. Pero los hechos son confusos. Oímos hablar de un mundo llamado Huul el Dorado que comercia con los desaparecidos gethsoides que comercian con los kresh que comercian con los nor t'alush que comercian con nosotros, pero ninguna nave damoosh ha llegado jamás hasta Huul el Dorado y no podemos decir mucho de ese planeta, ni siquiera dónde se encuentra. Hemos oído hablar de los hombres camuflados, que se hinchan y flotan en su atmósfera, pero tal vez sea sólo una leyenda, y ni siquiera sabemos de cual leyenda se trata. Hemos oído hablar de una raza que vive en el espacio más recóndito, que trata con una raza denominada «dan'lai», que a su vez comercia con las estrellas ulianas, que a su vez comercian con Cedris, y así el anillo vuelve a cerrarse hasta llegar a nosotros. Pero nosotros, los damoosh de este planeta muy próximo al dominio humano, nunca hemos visto un

cedrano. ¿Cómo podemos, entonces, fiarnos de esta cadena? —Hubo un sonido como si alguien musitara algo. La niebla se agitó bajo los pies de Holt y éste olió algo parecido al incienso.

—Iré allí —dijo Holt—. Seguiré navegando y lo veré por mí mismo.

—Vuelve un día y explícanos tus descubrimientos —gritó la niebla. Por vez primera, Holt escuchó el triste lamento de un pozo de la sabiduría que no era lo bastante sabio—. Vuelve, vuelve. Hay mucho que aprender. —El olor de incienso era muy penetrante.

Aquella tarde, Holt saqueó otras tres viviendas-burbuja de los cedranos y entró en dos más. La primera de éstas estaba vacía, fría y polvorienta; la segunda estaba ocupada, pero no por un cedrano. Tras forzar la puerta, Holt se había quedado inmóvil, sorprendido al ver a un etéreo ser alado que agitaba sus alas contra el techo de la casa, chillando y mirándole con ojos feroces. No obtuvo nada en aquella burbuja, ni en la que estaba vacía, pero el resto de sus robos rindió beneficios.

Hacia el atardecer regresó a la ciudad de piedra, trepando por un estrecho declive hacia el Arco Iris Occidental y llevando sobre sus hombros una bolsa de alimentos.

La ciudad, bajo aquella luz pálida y menguante, parecía incolora, desgastada, muerta. Las paredes circundantes tenían cuatro metros de altura y el doble de espesor. Estaban formadas de una piedra lisa grisácea y sin juntas, dando la impresión de ser una mole compacta. El Arco Iris Occidental que daba entrada a la ciudad de los sin nave era más un túnel que una puerta. Holt lo atravesó con rapidez y anduvo por una estrecha calleja zigzagueante que se extendía entre dos edificios..., o quizás no eran edificios. Su altura era de veinte metros, irregulares en su forma, sin ventanas ni puertas. No había entrada posible, a no ser a través de los niveles inferiores de la ciudad de piedra. Con todo, este tipo de estructura, estos bloques mellados de extraña forma contruidos de piedra gris, dominaban la parte más oriental de la ciudad de piedra en una zona de doce kilómetros cuadrados. Sunderland había trazado un mapa.

Las callejas, un laberinto inextricable, no se extendían en línea recta más de diez metros. Desde lo alto, Holt se las había imaginado a menudo como el dibujo infantil de un rayo. Pero había recorrido aquel camino muchas veces y había relegado los mapas de Sunderland a la memoria (al menos en lo que incumbía a esta pequeña porción de la ciudad de piedra). Holt avanzó rápida y confiadamente, no topándose con nadie.

De vez en cuando, al llegar a un cruce de varias callejuelas, Holt alcanzaba a distinguir otras estructuras en la lejanía. Sunderland había trazado mapas de la mayoría de ellas. Ambos usaban aquellas vistas como puntos de referencia. La ciudad de piedra estaba formada por un centenar de partes separadas, y en cada una de ellas variaba la arquitectura y el tipo de piedra de los edificios. A lo largo del muro noroeste se extendía una jungla de torres de obsidiana muy próximas entre sí y separadas por canales secos. Hacia el sur yacía una zona de pirámides rojas como la sangre. Hacia el este, una llanura de granito extremadamente desierta con una solitaria torre en forma de hongo levantándose en su centro. Y existían otras zonas, todas extrañas e inhabitadas. Sunderland iba añadiendo a sus mapas unos cuantos bloques cada día. E incluso esto era simplemente la parte visible del iceberg. La ciudad de piedra poseía innumerables niveles subterráneos y ni Holt, ni Sunderland, ni nadie había penetrado en aquellos pasadizos oscuros y faltos de aire.

Rodeado únicamente de oscuridad, Holt se detuvo en un cruce principal, un amplio octágono con un estanque también octagonal en su centro. El agua tenía un color verde y no había una sola onda en su superficie hasta que Holt decidió refrescarse. Sus habitaciones, a poca distancia de allí, eran tan secas como aquella parte de la ciudad. Sunderland había dicho que las pirámides poseían suministro interno de agua, pero en las cercanías del Arco Iris Occidental todo lo que había era aquel estanque público.

Holt se desembarazó del polvo acumulado durante el día en su rostro y manos, y luego prosiguió su camino. La bolsa de comida saltaba sobre su espalda y el eco de las pisadas rompía la quietud de la calleja. No había otro sonido. La noche caía rápidamente y sería tan fría y sin luna como cualquier noche del planeta de las mil razas. Holt lo sabía perfectamente. La oscuridad era densa, como siempre, y apenas podía distinguir media docena de apagadas estrellas.

Uno de los grandes edificios grisáceos había caído cerca de la plaza del estanque. Todo lo que podía verse era una confusión de arena y roca resquebrajada. Holt atravesó las ruinas con mucho cuidado dirigiéndose hacia una solitaria estructura que desentonaba del resto. Era una cúpula inmensa de piedra dorada que semejava una vivienda-burbuja cedrana reventada. Poseía una docena de agujeros de entrada a los que se llegaba por otras tantas escaleras. En el interior había una maraña de cámaras.

Éste había sido el hogar de Holt durante casi diez meses estándar.

Al entrar, Holt vio a Sunderland de cuclillas sobre el suelo de su vivienda común, rodeado de mapas desplegados. Sunderland había dispuesto todas las secciones de forma que encajaran unas con otras en un tapiz hecho de remiendos, viejos retales amarillentos que había comprado a los dan'lai, y cosido posteriormente, comprimidos entre suaves rejillas de la *Pegasus* y trozos de metal uliano, plateados y muy ligeros. El conjunto era una alfombra que cubría la habitación, todas y cada una de las piezas repletas de líneas y las nítidas anotaciones de Sunderland. Estaba sentado en el centro con un mapa en su regazo y un rotulador en la mano, pareciendo un sabio arrugado y obeso.

—He traído comida —dijo Holt. Lanzó la bolsa y ésta cayó entre los mapas, desordenando varias de las secciones aún sueltas.

—¡Ahhh, los mapas! —protestó Sunderland—. ¡Ten cuidado!

Sunderland pestañeó, apartó la bolsa a un lado y arregló los desperfectos.

Holt atravesó la habitación para dirigirse a la hamaca que le servía de cama y que se encontraba entre dos pilares-antorcha. Pasó por encima de los mapas, provocando un nuevo enfado de Sunderland, pero Holt no le prestó atención y subió a su hamaca.

—¡Maldita sea! —dijo Sunderland, alisando las secciones pisoteadas—. Ten más cuidado, por favor. —Alzó la vista y vio que Holt le miraba con el ceño fruncido—. ¿Mike?

—Lo siento —se disculpó Holt—. ¿Has descubierto algo hoy? —El tono de su voz era de completa indiferencia. Pero Sunderland no lo advirtió.

—Estuve en una sección nueva —explicó con excitación—, hacia el sur. Muy interesante. Obviamente diseñada como un todo. Hay un pilar central, ¿sabes?, construido con algún tipo de piedra verdosa y blanda, y rodeado por otros diez pilares algo más pequeños. Y los puentes... Bueno, son como franjas de

piedra. Se curvan entre la parte más alta de los grandes hasta la parte superior de los pequeños. El modelo se repite una y otra vez. Y debajo te encuentras con un laberinto de muros de piedra que te llegan hasta la cintura. Necesitaré varios meses para hacer un plano.

Holt estaba contemplando la pared más próxima a su cabeza.

En aquella piedra dorada iban marcando el paso de los días.

—Un año —dijo—. Un año estándar, Jeff.

Sunderland le miró con curiosidad, se puso en pie y luego empezó a recoger sus mapas.

—¿Cómo te ha ido hoy? —preguntó.

—No saldremos de aquí —dijo Holt, como si pensara en voz alta—. Nunca. Todo ha terminado.

—Olvidalo —dijo el obeso hombrecillo, deteniéndose en la recogida de los mapas—. No me convencerás, Holt. Si cedes ahora, lo siguiente que harás será emborracharte de ámbar con Alaina y Takker. La ciudad de piedra es la clave. Siempre lo he sabido. En cuanto descubramos todos sus secretos, podremos venderlos a los hombres-zorro y salir de aquí. Cuando termine mis mapas...

Holt se puso de lado para encararse con Sunderland

—Un año, Jeff, un año. No terminarás tus planos. Estarás trazándolos durante diez años y aún no habrás abarcado más que una parte de la ciudad de piedra. ¿Y qué me dices de los túneles, de los niveles subterráneos?

—Los subterráneos. —Sunderland pasó la lengua por sus labios en un gesto nervioso—. Bien. Si dispusiera del equipo que hay a bordo de la *Pegasus*, entonces...

—Pero no lo tienes, y además no sirve. Nada sirve en la ciudad de piedra. Por eso aterrizó el capitán. Las reglas son inútiles aquí.

Sunderland agitó la cabeza y prosiguió recogiendo sus mapas.

—La mente humana puede entender cualquier cosa —dijo—. Dame tiempo, es todo lo que necesito. Lo descifraré todo. Incluso podríamos entender a los dan'lai y ulianos si Susie Benet estuviera aún aquí. —Susie Benet había sido su especialista en contactos, una lingüista de tercera categoría. Pero hasta un talento menor es preferible a nada cuando se trata con mentes extrañas.

—Susie Benet no está aquí —señaló Holt. Su voz se endurecía cuando hablaba de ello. Empezó a enumerar nombres ayudándose con los dedos—. Susie se esfumó con el capitán. Igual que Carlos. Irai se suicidó. Ian trató de resolver el problema a tiros. Det, Lana y Maje entraron en los subterráneos para intentar encontrar al capitán y también se esfumaron. Davie Tillman se vendió como ocupante de un huevo kresh, por lo que ya debe estar acabado. Alaina y Takker-Rey vegetan, son inútiles, y no sabemos que pasó con los cuatro que quedaron en la *Pegasus*. Sólo quedamos nosotros, Sunderland. Tú y yo. —Sonrió tristemente—. Tú haces mapas, yo robo a los gusanos y nadie entiende nada. Estamos acabados. Moriremos aquí, en la ciudad de piedra. Jamás volveremos a ver las estrellas.

Se calló con la misma brusquedad con que había empezado a hablar. Había sido una explosión muy rara tratándose de Holt. En general era un hombre tranquilo, inexpresivo, tal vez algo reprimido. Sunderland se quedó inmóvil, asombrado, mientras Holt se revolvía en su hamaca.

—Pasa un día, y otro, y otro... —prosiguió Holt—. Y nada tiene sentido. ¿Recuerdas lo que nos dijo Irai?

—Irai era muy variable. Lo demostró, más de lo que podíamos haber supuesto.

—Ella dijo que habíamos ido demasiado lejos —explicó Holt, indiferente a las palabras de Sunderland—. Dijo que era incorrecto creer que todo el universo se regía por leyes comprensibles para nosotros. Recuérdalo. Dijo que esto era «una sandez humana, enfermiza y arrogante». Recuérdalo, Jeff. Así hablaba ella. Así. Una sandez humana, enfermiza y arrogante.

»El planeta de las mil razas casi era racional. —Holt sonrió—. Eso fue lo que nos perdió. Pero si Irai tenía razón, eso encajaría. Después de todo, sólo estamos un poco alejados del dominio humano, ¿no? A una distancia superior tal vez las reglas cambien aún más.

—No me gusta esta conversación —intervino Sunderland—. Te estás convirtiendo en un derrotista. Irai estaba enferma. Mira, al final asistía a las reuniones religiosas de los ul-mennaleith, sometándose a los ul-nayleith, así mismo. Una mística, en eso se convirtió. Una mística.

—¿Estaba equivocada? —preguntó Holt.

—Estaba equivocada —respondió firmemente Sunderland.

—Entonces explícame todo, Jeff. —Holt volvió a mirarle—. Dime cómo salir de aquí. Justifícame todo esto.

—La ciudad de piedra. Bien, cuando termine mis mapas... —Se detuvo bruscamente. Holt se había vuelto de espaldas y no le escuchaba.

Necesitó cinco años y seis naves para atravesar la gran esfera repleta de estrellas que los damoosh afirmaban que les pertenecía, y penetrar así en el sector fronterizo que se extendía más allá de ella. A su paso, consultó otros pozos de la sabiduría, más grandes, y aprendió todo cuanto fue posible. Pero siempre había misterios y sorpresas aguardando en el próximo planeta. No todas las naves en las que sirvió estaban tripuladas por humanos. Las naves de los hombres raramente se aventuraban tan lejos del dominio, por lo que Holt se enroló con damoosh, gethsoides descarriados y otras razas mixtas menores. Pero aún solía encontrar algunos hombres en los puertos que visitaba. Incluso escuchó rumores que afirmaban la existencia de un segundo imperio humano situado a quinientos años hacia el Núcleo, fundado por una nave reproductora errante y gobernado desde un brillante planeta llamado Prester. En dicho mundo las ciudades flotaban sobre nubes, según le explicó un macilento vessiano. Holt lo creyó durante algún tiempo, hasta que otro compañero de nave le dijo que Prester era simplemente una ciudad que abarcaba un planeta entero, sostenida por flotas de cargueros de alimentos mayores que cualquier nave que el Imperio Federal hubiera construido en las guerras anteriores al Colapso. El mismo hombre dijo que la ciudad no había sido fundada por una nave reproductora (lo demostró calculando la distancia que podía recorrer una nave de velocidad

inferior a la luz que hubiera partido de la madre Tierra en los orígenes de la era interestelar), sino más bien un escuadrón de naves imperiales terrestres que huían de un ingenio hrangano. En esta ocasión Holt mantuvo su escepticismo. Y cuando una mujer de un carguero de Cathaday insistió en que Prester había sido fundado por Tomo y Walberg, y que Walberg seguía gobernando el planeta, Holt desechó totalmente el tema.

Pero existían otras leyendas, otras historias que le atrajeron. Igual que atrajeron a otros humanos.

Holt conoció a Alaina en un planeta sin atmósfera de una estrella blanca azulada, bajo la cúpula de su única ciudad. Aquella mujer le habló de la *Pegasus*.

—El capitán la construyó partiendo de cero, ¿sabes? Y precisamente aquí. Él había estado comerciando, alejándose más de lo normal, como todos nosotros. —Alaina exhibió una sonrisa comprensiva, suponiendo que también Holt era un especulador comercial siempre atento a los grandes hallazgos—. Y conoció a un dan'la. Los dan'lai provienen de mundos más alejados.

»Bien, tal vez no sepas lo que sucede allí. El capitán dijo que los dan'lai se han adueñado de las estrellas ulianas... ¿Has oído hablar de ellas?... Bien. Bueno, supongo que el motivo es que los ul-mennaleith no han resistido mucho pero también porque los dan'lai tienen el impulsor espacial. Creo que es un nuevo concepto. El capitán dice que reduce el tiempo de viaje a la mitad o incluso más. La propulsión normal distorsiona la estructura de la continuidad espacio-temporal para obtener velocidades superiores a la de la luz y...

—Soy un piloto —interrumpió Holt. Pero se había inclinado hacia adelante, escuchando atentamente.

—Oh, entiendo. —Alaina no pareció disgustarse por la interrupción—. Bien, el impulsor de los dan'lai hace algo más, te traslada a otra continuidad y luego vuelve a la inicial. Su manejo es totalmente distinto. En parte es psiónico y te ponen este aro alrededor de la cabeza.

—¿Tienen un impulsor? —preguntó Holt.

—Sí. El capitán fundió su antigua nave, precisamente para construir la *Pegasus*. Con un impulsor que compró a los dan'lai. Está contratando la tripulación ahora y ellos nos entrenan.

—¿Hacia dónde van?

Alaina rió suavemente. Sus brillantes ojos verdes parecieron chispear.

—¿Adónde te imaginas? —dijo—. ¡Todavía más lejos!

Holt se despertó al amanecer, levantándose y vistiéndose rápida pero silenciosamente. Recorrió una vez más el acostumbrado camino, pasando por el tranquilo estanque de aguas verdes, recorriendo las interminables callejas, y atravesando el Arco Iris Occidental y la ciudad de los sin nave. Pasó el muro de los esqueletos sin mirar hacia arriba.

Ya al otro lado del muro protector, empezó a tantear las puertas. Las cuatro primeras crujieron sin abrirse. La quinta cedió, dándole paso a una oficina desierta. No había ningún dan'la.

El hecho era una novedad. Holt entró con precaución, observando a su alrededor. Nadie, nada. No había una segunda puerta. Rodeó el amplio escritorio uliano y empezó a registrarlo metódicamente, más que cuando robaba en las viviendas-burbuja de los cedranos. Tal vez encontrara un pase para el espaciopuerto, un arma, algo..., cualquier cosa que le permitiera regresar a la *Pegasus*. Si es que aún estaba detrás de los muros. O tal vez podría encontrar una asignación de empleo.

La puerta se abrió, empujada por un hombre-zorro. Era indistinguible de los demás. Ladró y Holt se apartó del escritorio. El dan'la rodeó la mesa y agarró la silla.

—¡Ladrón! —dijo—. Ladrón. Te mataré. Serás fusilado. Sí. —Mostró los dientes.

—No —dijo Holt, acercándose a la puerta. Podía correr si el dan'la llamaba a otros—. Vine por un pasaje —añadió estúpidamente.

—¡Ah! —El hombre-zorro entrelazó sus manos—. Diferente. Bien, Holt, ¿quién es usted?

Holt permaneció callado.

—Un pasaje, un pasaje, Holt quiere un pasaje —se burló el dan'la.

—Ayer me dijeron que llegaría una nave humana la semana próxima.

—No, no, no. Lo siento. No vendrá ninguna nave humana. No habrá ninguna nave humana. Ni la semana que viene, ni ayer ni a ninguna hora. ¿Comprendes? Y no tenemos pasajes. La nave está llena. Nunca vayas al espaciopuerto si no tienes pasaje.

Holt volvió a adelantarse hacia el otro lado del escritorio.

—¿Ninguna nave la semana próxima? —preguntó.

—Ninguna nave. Ninguna nave. Ninguna nave humana.

—Otra cualquiera, entonces. Iré con ulianos, dan'lai. ¿Recuerdas? Tengo credenciales.

El dan'la ladeó su cabeza. ¿Recordaba Holt aquel gesto? ¿Había hablado en otra ocasión con este dan'la?

—Sí, pero ningún pasaje.

Holt se dirigió hacia la puerta.

—Espera —ordenó el hombre-zorro, Holt se volvió—. Ninguna nave humana la semana que viene. Ninguna nave, ninguna nave, ninguna nave. ¡La nave humana está ahora!

—¿¡Ahora?! —Holt se enderezó—. ¿Quiere decir que hay una nave humana en el espaciopuerto en este mismo momento?

El dan'la asintió una y otra vez.

—¡Un pasaje! —Holt estaba frenético—. ¡Dame un pasaje, maldito!

—Sí. Sí. Un pasaje para ti, para ti un pasaje. —El hombre-zorro tocó algo en el escritorio. Se abrió un cajón y extrajo una delgada lámina de metal plateado y una frágil varilla de plástico azul.

—¿Tú nombre?

—Michael Holt.

—Oh. —El hombre-zorro dejó la varilla sobre la mesa, tomó la lámina metálica y la devolvió al cajón. Luego ladró—: ¡Ningún pasaje!

—¿Ningún pasaje?

—Nadie puede tener dos pasajes.

—¿Dos?

—Sí. Holt tiene un pasaje en la *Pegasus*.

—Maldito. —Las manos de Holt temblaban—. Maldito.

—¿Querrá un pasaje? —El dan'la rió.

—¿En la *Pegasus*?

Un gesto afirmativo.

—Entonces, ¿me dejaréis cruzar los muros? ¿Entrar en el espaciopuerto?

—Sí. Redactemos el pase de Holt.

—Sí, sí.

—¿Nombre?

—Michael Holt.

—¿Raza?

—Humana.

—¿Planeta de nacimiento?

—Ymir.

Hubo un breve silencio. El dan'la había permanecido sentado con las manos cruzadas, mirando a Holt. De repente volvió a abrir el cajón, sacó un pergamino de aspecto antiquísimo que se desmenuzó cuando lo tocó y tomó por segunda vez la varilla.

—¿Nombre? —preguntó.

Volvieron a repetir el mismo ritual.

Una vez terminó de escribir, el dan'la entregó el documento a Holt. El pergamino seguía deshaciéndose. Holt lo trató con el mayor cuidado posible. Ninguno de los garabatos tenía sentido.

—¿Me dejarán pasar los guardias sólo con esto? —preguntó escépticamente—. ¿Al espaciopuerto, a la *Pegasus*?

El dan'la hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Holt se volvió de espaldas y estuvo a punto de salir corriendo.

—Espera —dijo el hombre-zorro. Holt obedeció y se giró.

—¿Qué? —dijo, apretando los dientes, casi en un gruñido de rabia.

—Un detalle técnico.

—El pase del espaciopuerto, para ser válido, debe ir firmado. —El dan'la lució su sonrisa dental—. Firmado, sí, sí, firmado por tu capitán.

No hubo ningún ruido. La mano de Holt comprimió espasmódicamente la amarillenta hoja de papel, y los trozos revolotearon hasta llegar al suelo. Luego, veloz y silenciosamente, Holt se abalanzó sobre el dan'la.

El dan'la apenas tuvo tiempo de emitir un breve ladrido antes que Holt le tomara por el cuello. Las delicadas manos de seis dedos hendieron el aire desesperadamente. Holt retorció el cuello hasta que escuchó un chasquido. Estaba sosteniendo un fardo de flácido pelaje rojizo.

Se quedó allí bastante rato, con las manos y dientes apretados. Luego aflojó lentamente su presa y el cadáver del dan'la se derrumbó de espaldas, volcando la silla.

En los ojos de Holt brilló por un instante una imagen del muro protector.

Huyó corriendo.

La *Pegasus* también disponía de motores estándar en previsión de un fallo del impulsor. Las paredes de la sala eran la combinación acostumbrada de metal desnudo y consolas de computadora. Pero el centro estaba ocupado por el impulsor dan'lai: un gran cilindro de vidrio metálico, del diámetro de un hombre, montado sobre un panel de instrumentos. El cilindro estaba medio lleno de un líquido muy denso que cambiaba bruscamente de color siempre que se introducía en el tanque un pulso de energía. Alrededor había asientos para los pilotos, dos a cada lado. Holt y Alaina ocupaban el primer par de sillas, frente a la rubia y espigada Irai y a Ian MacDonald. Los cuatro llevaban puesta una corona de vidrio hueco llena del mismo líquido que chapoteaba en el cilindro del impulsor.

Carlos Villareal se encontraba detrás de Holt, en la consola principal, extrayendo datos de la computadora de la nave. Las transiciones ya estaban planificadas. Visitarían las estrellas ulianas por decisión del capitán. Cedris, Huul el Dorado y puntos más lejanos. E incluso tal vez Prester y el Núcleo.

La primera parada era un punto de tránsito denominado Reposo Gris (el nombre indicaba claramente que otros hombres habían estado allí antes y el planeta se hallaba en los mapas). El capitán había oído hablar de una historia sobre una antiquísima ciudad de piedra.

Ya fuera de la atmósfera y desconectados los motores nucleares, Villareal dio la orden.

—Coordenadas en computadora, navegación dispuesta —dijo en un tono de voz menos seguro que el usual. Todo el procedimiento era completamente nuevo—. Transición.

Conectaron el impulsor dan'lai.

Oscuridad y colores fulgurantes y miles de remolinos estelares y Holt estaba a solas en el centro de todo ¡no! aquí estaba Alaina y allí alguien más y todos se reunieron y el caos giró a su alrededor y grandes olas grisáceas se aplastaban en sus cabezas y aparecieron rostros sonrientes cercados por fuego y desvaneciéndose y dolor dolor dolor y se habían perdido y nada era sólido y los eones pasaron y ahora Holt vio algo ardiendo atrayendo hacia el Núcleo el Núcleo y aparte Reposo Gris pero luego desapareció y de algún modo Holt volvió a recuperarlo y gritó a Alaina y ella también lo tomó y MacDonald e Irai y ellos ESTIRARON.

De nuevo estaban sentados ante el impulsor y Holt advirtió repentinamente un dolor en su muñeca. Bajó la vista y vio que alguien le había colocado una jeringa intravenosa, igual que a los otros tres, Alaina, Ian e Irai. No se veía a Villareal.

Se abrió la puerta y apareció Sunderland sonriente.

—¡Gracias a Dios! —dijo el regordete navegante—. Han estado inconscientes durante tres meses. Pensé que estábamos perdidos.

Holt se quitó la corona de vidrio de su cabeza y vio que sólo quedaba una fina capa de líquido. Luego advirtió que el cilindro del impulsor estaba igualmente casi vacío.

—¿Tres meses? —preguntó.

—Fue horrible. —Sunderland se estremeció. No había nada en el exterior de la nave. Nada. Y no podíamos reanimarlos. Villareal tuvo que hacer de enfermera. Si no llega a ser por el capitán, no sé lo que habría sucedido. Recuerdo lo que dijo el hombre-zorro, pero no estaba seguro que pudieras sacarnos nunca de... de donde estuviéramos.

—¿Hemos llegado? —preguntó MacDonald.

Sunderland rodeó el impulsor para dirigirse a la consola de Villareal y conectó la pantalla de la nave. Un pequeño sol amarillo relucía sobre un fondo negro. Y un astro grisáceo e inerte llenaba la pantalla.

—Reposo Gris —dijo Sunderland—. He tomado lecturas. Hemos llegado. El capitán ya ha enviado un mensaje. Al parecer, los dan'lai lo gobiernan y han dispuesto nuestro aterrizaje. El tiempo también concuerda: tres meses subjetivos, tres meses objetivos, por lo que podemos deducir.

—¿Y con propulsión normal? —dijo Holt—. ¿El mismo tiempo con propulsión normal?

—Lo hemos hecho mejor de lo que los dan'lai nos prometieron. Reposo Gris está a más de año y medio del lugar de donde partimos.

Era muy temprano y había grandes posibilidades que los cedranos aún no estuvieran en estado comatoso. Pero Holt tuvo que aceptar el riesgo. Se abrió paso en la primera vivienda-burbuja que encontró y la saqueó por completo, recogiendo todo lo que pudo con un ansia frenética. Los inquilinos, por fortuna, eran aletargadas bolas durmientes.

Ya en la calle principal, ignoró a los mercaderes dan'lai, temeroso de encontrarse con el mismo hombre-zorro al que acababa de matar. Descubrió un puesto atendido por un linkellar ciego cuyos ojos giraban como inmensas bolas de pus. Curiosamente, la criatura fue capaz de estafarle pese a su ceguera. Pero cambió todo lo que había robado por un casco en forma de cáscara de huevo, transparente y de color azulado, y un láser en buen estado. El arma le sorprendió: era idéntica a la que tuvo MacDonald e incluso llevaba la misma pluma finneganiana. Pero funcionaba y eso era todo lo que importaba.

La gente iba congregándose para el diario ir y venir por las calles de la ciudad de los sin nave. Holt se abrió camino salvajemente, en dirección al Iris Occidental, y empezó a correr un poco cuando llegó a las desiertas callejas de la ciudad de piedra.

Sunderland se había ido a trazar sus mapas. Holt tomó uno de los rotuladores y escribió en un mapa:

«MATÉ UN HOMBRE-ZORRO. DEBO OCULTARME. ME VOY A LOS SUBTERRÁNEOS DE LA CIUDAD DE PIEDRA. ESTARÉ A SALVO ALLÍ.»

A continuación recogió todos los alimentos que quedaban, suficientes para dos semanas largas o más tiempo si comía poco. Hizo un fardo con todo, lo ató y se marchó. Llevaba el láser en el bolsillo y el casco bajo el brazo.

El subterráneo más próximo se encontraba a tan sólo unos bloques de distancia. Era una gran espiral que descendía desde el centro de un cruce. Holt y Sunderland habían bajado muy a menudo al primer nivel, adentrándose tanto como lo permitía la luz. E incluso así era un lugar sombrío, tenebroso, sofocante. Una red de túneles, tan intrincada como las callejuelas de la superficie, se ramificaba en todas direcciones. Muchas descendían aún más; igual que la espiral, que poseía más ramificaciones y que se oscurecía constantemente a cada vuelta. Nadie había pasado del primer nivel y los que hicieron tal cosa, como el capitán, nunca regresaron. Habían conocido leyendas sobre la profundidad de la ciudad de piedra, pero no existía forma alguna de comprobar su veracidad. Los instrumentos que se habían llevado de la *Pegasus* nunca funcionaron en el planeta de las mil razas.

Holt descendió la primera vuelta de la espiral y se detuvo ante el primer nivel para colocarse el casco azul claro. Le quedaba algo pequeño. La parte frontal comprimía su nariz y los laterales oprimían su cabeza de modo desagradable. Era evidente que había sido fabricado para un ul-mennaleith. Pero serviría. Había un orificio que rodeaba su boca, por lo que podía respirar y hablar.

Aguardó un instante mientras el calor de su cuerpo era absorbido por el casco y transformado en una tenue luz azulada. Holt prosiguió el descenso por la espiral, hacia las tinieblas.

El camino subterráneo se curvaba una y otra vez y constantemente aparecían túneles. Holt siguió bajando y pronto perdió la cuenta de los niveles por los que había pasado. Más allá del círculo de luz sólo había oscuridad total, silencio y un aire caliente cada vez más difícil de respirar. Pero el miedo le forzaba a no detenerse. La superficie de la ciudad de piedra estaba desierta, pero era distinto. Los dan'lai irían allí cuando quisieran. Sólo en los subterráneos se encontraría a salvo. Prometió permanecer en la misma espiral. Si deambulaba por aquí y por allá, se perdería. Holt estaba seguro de lo sucedido al capitán y a los demás: habrían abandonado la espiral para introducirse en los túneles laterales y muerto de hambre antes de encontrar la salida. Pero a él no le pasaría lo mismo. Regresaría al cabo de dos semanas y tal vez podría conseguir comida a través de Sunderland.

Durante un tiempo que le pareció de varias horas, Holt descendió por la serpenteante rampa, junto a interminables muros de informe piedra gris que la luz de su casco teñía de azul, atravesando miles de orificios que se abrían por todas partes, todos llamándole con su gran boca negra. El ambiente seguía caldeándose y Holt no tardó en jadear. No le rodeaba otra cosa que no fuera piedra. Los túneles parecían densos, agobiantes. Holt los ignoró.

Por fin, Holt llegó a un punto en el que terminaba la espiral. Frente a él vio tres puertas arqueadas y tres estrechas escaleras. Las tres descendían bruscamente en direcciones distintas y curvándose, por lo que Holt no pudo divisar más allá de algunos metros. Sus pies estaban doloridos. Se sentó, se quitó las botas, sacó un envase de carne ahumada y empezó a comer.

La oscuridad le rodeaba. El eco de sus pisadas había desaparecido y todo estaba en silencio. Aunque... Escuchó atentamente. Sí. Oyó algo indistinto y muy lejano, una especie de rumor. Mascó la carne y siguió escuchando. Al cabo de un largo rato dedujo que los sonidos procedían de la escalera de la izquierda.

Terminó de comer. Se limpió los labios, se puso las botas y láser en mano avanzó por la escalera tan silenciosamente como pudo.

La escalera también era una espiral, más estrecha que la rampa y sin ramificaciones. Apenas tenía sitio para girar, pero al menos no corría el riesgo de perderse.

La intensidad de los sonidos fue aumentando a medida que Holt descendía. Pronto comprendió que no se trataba de un rumor, sino más bien de un aullido. Algo más tarde, el sonido volvió a variar. Apenas pudo diferenciarlo. Gemidos y ladridos.

La escalera presentó una curva muy cerrada. Holt la siguió y se detuvo de repente.

Se encontraba junto a una ventana en un edificio de piedra gris y extraña forma que daba a la ciudad de piedra. Era de noche y un manto de estrellas cubría el cielo. Debajo, cerca de un estanque octogonal, seis dan'lai rodeaban a un cedrano. Se reían con rápidas carcajadas-ladridos rebosantes de ira. Parloteaban entre ellos, asiendo al cedrano cada vez que éste trataba de moverse. Estaba atrapado entre ellos, confuso y gimiendo, oscilando de un lado a otro. Los inmensos ojos violeta centelleaban y las garras de pelea se agitaban.

Uno de los dan'lai tenía algo escondido. Lo fue mostrando con lentitud: era un largo cuchillo mellado. Apareció otro y luego un tercero. Todos los hombres-zorro portaban idéntica arma. Se rieron entre ellos.

Uno de los dan'lai atacó al cedrano por la espalda. La hoja plateada brilló un instante y Holt vio que un líquido negro brotaba de un gran tajo en la piel blanca del cedrano.

Se escuchó un gemido aterrador y el gusano se volvió lentamente hacia el dan'la. Sus garras de pelea se movieron con una celeridad sorprendente. El dan'la, pateando y con el cuchillo teñido de negro en su mano, fue alzado en el aire. Aulló con furia. Las garras se cerraron y el hombre-zorro cayó al suelo partido en dos. Los demás se aproximaron riendo y atacando. El gemido del cedrano se convirtió en un chillido. Embistió con sus garras y un segundo dan'la cayó decapitado en el agua del estanque. Otros dos hombres-zorro estaban cortando los tentáculos del cedrano y un tercero había clavado su cuchillo hasta la empuñadura en el oscilante torso del gusanoide. Todos los dan'lai estaban salvajemente excitados, aullando frenéticamente, y Holt no pudo oír al cedrano.

Holt alzó el láser, apuntó al dan'la más próximo y apretó el botón de disparo. Brotó un chorro de luz roja.

Una cortina cayó sobre la ventana, bloqueando la visión. Holt la apartó a un lado. Tras ella había una cámara de techo bajo, con una docena de túneles que se extendían en todas direcciones. No había ninguno de los dan'lai, ni tampoco estaba el cedrano. Estaba en las profundidades de la ciudad. La única iluminación procedía del brillo azulado de su casco.

Lenta, silenciosamente, Holt se dirigió al centro de la cámara. Advirtió que la mitad de los túneles estaban enladrillados. Otros eran agujeros negros sin vida. Pero de uno de ellos fluía un torrente de aire fresco. Lo siguió durante un largo trecho en la oscuridad hasta llegar a una larga galería repleta de reluciente niebla roja, como si fueran gotas de fuego. La sala se extendía muy lejos a derecha e izquierda, más de lo que Holt alcanzaba a ver, era recta y de techo alto. El túnel que le había llevado hasta allí era tan sólo uno más. Las paredes rebosaban de ellos, todos de forma y tamaño distintos y tan negros como la muerte.

Holt avanzó un paso hacia la tenue niebla roja, luego se volvió y marcó con el láser el suelo de piedra del túnel que tenía a sus espaldas. Se adentró en el pasadizo, cruzando las interminables hileras de túneles. La niebla era espesa, pero era fácil ver a través de ella, y Holt observó que toda aquella inmensa galería estaba vacía, al menos hasta los límites de su visión. Tampoco pudo ver el final y sus pisadas no hacían ruido.

Caminó durante mucho tiempo, casi en trance, olvidando de alguna forma el miedo. Luego surgió una luz blanca de un portal muy distante. Holt empezó a correr, pero la luz había desaparecido antes de recorrer la mitad de la distancia que le separaba del túnel. No obstante, algo seguía atrayéndole.

La boca del túnel era un elevado arco dominado por las tinieblas. Holt entró. Unos metros de oscuridad y una puerta. Se detuvo.

El arco se abría sobre una alta loma nevada y un bosque de árboles grisáceos unidos por frágiles telarañas de hielo, tan delicadas que se fundirían y romperían simplemente con un soplo. No había hojas, pero se atisbaban intrépidas flores azules brotando de las grietas que había en todas las ramas. En lo alto, un fondo fino y oscuro cubierto de estrellas. Y muy lejos, en el horizonte, Holt vio la empalizada y los fantasmales parapetos de piedra de la errática y oscilante Vieja Casa.

Se quedó inmóvil mucho tiempo, observando y recordando. El viento helado se agitó por un instante, arrastrando la nieve, y Holt se estremeció. Luego regresó a la galería de la niebla roja.

Sunderland le esperaba al final del túnel, medio envuelto por la niebla.

—¡Mike! —gritó. La neblina apagó el sonido y Holt sólo pudo oír un susurro—. Debes volver. Te necesitamos, Mike. No puedo seguir con los mapas, necesito que me consigas alimentos. Y Alaina y Takker... ¡Debes volver!

Holt negó con un gesto de cabeza. La niebla se hizo más espesa y se arremolinó. La rolliza figura de Sunderland quedó difuminada hasta que Holt sólo pudo distinguir el contorno. La atmósfera se aclaró poco después, pero Sunderland ya no estaba. Era el patrón del Barracón el que ocupaba su lugar. La criatura estaba inmóvil, con sus tentáculos blancos agitándose sobre la vejiga que coronaba su torso. Aguardaba, igual que Holt.

De un túnel distante surgió una luz. Los otros dos túneles que la flanqueaban empezaron a brillar y después sucedió lo mismo con los dos siguientes. Holt miró a derecha e izquierda. De ambos lados de la galería fueron llegando ondas luminosas. Todos los orificios relucían. Aquí un color rojo pálido, allí blanco azulado, más lejos un tono amarillo familiar que recordaba el sol humano...

El patrón del Barracón se volvió pesadamente y caminó a lo largo de la galería, agitando sus mallas de carne negra azulada. Pero la niebla absorbía su pestilente olor. Holt le siguió, todavía empuñando el láser.

El techo fue elevándose paulatinamente y Holt advirtió que las puertas aumentaban su tamaño. Mientras observaba, un ser deforme y de piel moteada, muy parecido al patrón del Barracón, salió de un túnel, cruzó la galería y entró en otro agujero.

Ambos se detuvieron ante la boca de un túnel, redonda, negra y el doble de alta que Holt. El patrón aguardaba. Holt, láser en mano, entró. Se encontró frente a una nueva ventana, o tal vez se trataba de una pantalla. Al otro lado de la abertura cristalina reinaba el caos. Holt lo observó un momento y justo cuando su cabeza empezaba a dolerle, la visión se estabilizó. Cuatro dan'lai tocados con coronas en sus cabezas estaban sentados frente al cilindro de un impulsor. Sólo que... la imagen era muy borrosa. Duendes, eran duendes, segundas imágenes que casi ocultaban las primitivas, aunque no del todo. Y fue entonces cuando Holt vislumbró una tercera imagen, y una cuarta. La imagen se resquebrajó. Le pareció estar contemplando una serie infinita de espejos. Largas filas de dan'lai sentados, unos encima de otros, confundiéndose, menguando y menguando hasta quedar convertidos en nada. Al unísono... No, no, casi al unísono (porque unas imágenes no seguían el ritmo de sus reflexiones, y otras eran muy confusas), se quitaron las vacías coronas, se miraron mutuamente y empezaron a reír. Carcajadas salvajes, ladridos. Reían sin cesar, y Holt observó el brillo de la maldad en sus ojos. Todos los hombres-zorro (no, casi todos) movían sus frágiles hombros por efecto de la risa y parecían más feroces y salvajes que nunca.

Holt se fue del lugar. De vuelta en la galería, el patrón del Barracón seguía aguardando pacientemente. Holt volvió a seguirle.

Había otros seres en la galería. Holt los vio débilmente, recorriendo de un lado a otro la niebla roja. Predominaban las criaturas parecidas al patrón del Barracón, pero no estaban solas. Holt divisó a un solitario dan'la, perdido y atemorizado, que iba tropezando con las paredes. Había seres mitad ángeles,

mitad libélulas, que se deslizaban silenciosamente sobre su cabeza; algo alto y delgado rodeado por fluctuantes cortinas luminosas y otras presencias que vio y presintió. Varias veces vislumbró jinetes de piel brillante, llamativos colores y altos cuellos de carne y hueso, y animales enjutos y sensibles galopaban siguiendo las órdenes de sus espuelas, moviéndose con elegancia sobre sus cuatro patas. Los animales tenían un pelaje gris y tierno, ojos claros, y aparentaban una extraña consciencia.

Luego le pareció atisbar a un hombre. Un hombre de aspecto grave, solemne, vestido con el uniforme y la gorra de los marinos. Holt se esforzó en seguir la visión y corrió tras ella, pero la niebla le confundió con su fulgor y el hombre desapareció de su vista. Cuando se volvió, el patrón se había ido también.

Se metió por el túnel más próximo. Otro pórtico igual que el primero. En la distancia vio un perfil montañoso dominando una tierra estéril, una llanura de ladrillo cocido truncada por una gran hendidura. Había una ciudad en el centro del desolador paisaje. Sus muros eran de un color blanco apagado y sus edificios monótonos y rectangulares. Estaba realmente muerta, pero Holt, de algún modo, la reconoció. Caín narKarmian le había explicado la forma en que los hranganos construían sus ciudades, en las zonas assoladas por la guerra que se hallaban entre la madre Tierra y el Confín.

Inseguro, Holt extendió una mano más allá de la estructura de la puerta, y la retiró rápidamente. Había un horno tras el arco. No era una pantalla, ni mucho más de lo que había sido la visión de Ymir.

Volvió a la galería, se detuvo y trató de aclarar sus ideas.

El pasadizo se prolongaba en ambas direcciones y seres totalmente distintos a los que conocía cruzaban la niebla en un silencio mortal, sin advertir la presencia de los demás. El capitán estaba aquí, lo sabía, igual que Villareal, Susie Benet y quizá otros. O bien... O bien habían estado aquí y ahora se hallaban en otra parte. Tal vez habían contemplado también sus hogares a través de un pórtico de piedra, sintiendo su llamada imperiosa, adentrándose y no regresando jamás. Si atraveso los arcos, se preguntó Holt, ¿cómo podré regresar?

El dan'la volvió a presentarse, ahora arrastrándose, y Holt comprobó que era un anciano. Su forma de avanzar a tientas dejaba bien claro que estaba ciego..., pero sus ojos observaban. Luego Holt empezó a fijarse en otros seres y optó por seguirlos. Muchos de ellos salían de los portales pétreos y realmente surgían de los paisajes situados más allá. Y los paisajes... Holt contempló la noche sin estrellas de Darkdawn, un planeta muy alejado del Confín, y los misteriosos soñadores que erraban debajo... Y Huul el Dorado (auténtico, después de todo, aunque menos de lo que imaginaba)... Y las naves fantasmas emergiendo del Núcleo Galáctico, los aulladores de los tétricos mundos del Brazo Opuesto de la galaxia, las antiquísimas razas que habían encerrado sus planetas en esferas y miles de mundos inimaginables.

Pronto se cansó de seguir a los tranquilos caminantes y empezó a deambular a su voluntad. Luego descubrió que las visiones que había tras las puertas podían variar. Mientras permanecía ante un pórtico cuadrado que se abría a las llanuras de ai-Emerel, pensó por un momento en el viejo Caín, un hombre que había navegado mucho, muchísimo, pero nunca lo bastante lejos. Las torres de los emerelíes se erigían ante él y Holt deseó poder verlas más de cerca. De repente, el portal le ofreció un primer plano. Y luego el patrón del Barracón se materializó a su lado con la misma brusquedad como solía hacerlo. Holt observó aquella cara que no era tal. Dejó a un lado el láser y se quitó el casco. Extrañamente, ya no brillaba. ¿Cómo no lo había advertido? Siguió caminando.

Se hallaba en un balcón. Un viento frío le azotaba la cara. Detrás suyo, negro metal emerelí. Delante, una puesta de sol de tonalidades anaranjadas. En el horizonte se levantaban otras torres. Holt sabía que cada una albergaba una ciudad inmensa pero en la distancia, eran únicamente elevadas y oscuras agujas

Un planeta. El de Caín. Habría cambiado mucho desde la última vez que Caín lo viera, hacía unos doscientos años. Se preguntó en qué aspectos. Pero no importaba, pronto lo averiguaría.

Al girarse para volver al interior, Holt prometió que pronto regresaría para encontrar a Sunderland, Alaina y Takker-Rey. A ellos todo esto podría parecerles oscuro y tétrico, pero él los guiaría hasta el hogar. Sí, lo haría. Aunque no ahora. Deseaba ver ai-Emerel, la madre Tierra, los mutantes de Prometeo... Sí.

Pero luego regresaría. Más tarde. En seguida.

El tiempo transcurre lentamente en la ciudad de piedra, con más lentitud que en los subterráneos, donde los Constructores tejieron la trama del tiempo espacial. Pero sigue avanzando inexorablemente. Los grandes edificios grisáceos ya se han derrumbado, las torres en forma de hongo han caído y las pirámides son polvo que el viento agita. No queda un sólo vestigio de los muros erigidos por los ulianos para defenderse del viento y ninguna nave ha aterrizado durante miles de años. Los ul-mennaleith apenas procrean, se han vuelto extrañamente apocados y andan siempre con zancos blindados en sus pies. Los dan'lai se han desintegrado en una violenta anarquía después de miles de años de impulsores espaciales. Los kresh han desaparecido, los linkellares están esclavizados y las naves fantasmas mantienen su silencio. En los mundos exteriores, los damoosh son una raza agonizante, aunque los pozos de la sabiduría se mantienen en pie y reflexionan, esperando preguntas que ya no serán formuladas. Nuevas razas deambulan en mundos agotados. Las viejas crecen y cambian. Ningún hombre ha llegado al Núcleo Galáctico. El sol del planeta de las mil razas palidece.

Bajo las ruinas de la ciudad de piedra, en túneles desiertos, Holt vaga de estrella en estrella.

FIN

Libros Tauro